

esta materia y esta extensión al alma, lo cual no es otra cosa que concebirla unida al cuerpo; y después de concebido esto, y de haberlo observado en sí misma, le será fácil considerar que la materia atribuida á este pensamiento, no es el pensamiento mismo, y que la extensión de esta materia es de otra naturaleza que la extensión del pensamiento; porque la primera dice relación á cierto lugar, del cual excluye toda extensión de cualquier otro cuerpo, lo cual no ocurre en la segunda; y así Vuestra Alteza no dejará de venir sin dificultad á la distinción del alma y del cuerpo, no obstante haber concebido su unión» (1).

Descartes rehúye la cuestión principal, excusándose con la obligación de ir á Utrecht, á donde es llamado por el Magistrado á fin de explicarse sobre «lo que ha escrito de uno de sus Ministros;» «esto, dice, me obliga á terminar aquí, para ir á consultar los medios de librarme lo más pronto posible de estos enredos.»

El problema psicológico queda, pues, sin solución. Los vanos esfuerzos intentados por Descartes para resolverle, no han conducido más que á poner en claro su insolubilidad. Este problema es insoluble porque está mal puesto. El hombre no es una amalgama de dos substancias: el alma pensante y el cuerpo extenso; sino que forma *una sola substancia compuesta*.

(1) *Lettres de M. Descartes*. t. I, carta 39. Edic. Cousin, t. IX, p. 127.

CAPÍTULO II

La evolución de la psicología cartesiana.

Hemos visto á la psicología cartesiana terminar en un conflicto insoluble. Este conflicto debía surgir por la fuerza de las ideas, de la oposición creada entre el alma, substancia inextensa, hecha exclusivamente para pensar, y el cuerpo, substancia extensa y dotado exclusivamente de movimientos mecánicos.

Veamos ahora cómo se continúan en direcciones distintas, á través de los siglos XVII y XVIII, el *espiritualismo exclusivista* y el *mecanicismo* del gran innovador francés, hasta el día en que convergen las diversas corrientes, y por su fusión dan nacimiento á la psicología contemporánea.

La corriente salida del *espiritualismo* cartesiano se bifurcará en su origen y producirá, de una parte, el ocasionalismo, el ontologismo de Malebranche y el *panteísmo* de Spinoza; y de otra parte el *idealismo*.

La corriente *mecanicista* se ampliará bajo la

doble influencia de la filosofía y de la ciencia, y contribuirá á la fusión del positivismo é idealismo contemporáneos.

ARTÍCULO PRIMERO

LA EVOLUCIÓN DEL ESPIRITUALISMO CARTESIANO

Sección 1.^a--El ocasionalismo, el espinosismo y el ontologismo.

La psicología de Descartes contenía ya en germen la filosofía ocasionalista y ontologista de Malebranche. Es imposible, había dicho Descartes, concebir una acción *real* del alma sobre el cuerpo, ó del cuerpo sobre el alma; porque las dos sustancias tienen propiedades opuestas, que hacen incomprendible su acción mutua: ¿no es natural negar esta acción, y sostener que cuando creemos ejercer un imperio sobre nuestros órganos, la acción producida tiene á Dios por autor, y cuando nos parece sufrir en el alma la influencia de los espíritus animados, esta influencia emana realmente de Dios? Las voliciones del alma serían entonces la *ocasión* de una acción causal de Dios sobre el cuerpo; y los movimientos de los espíritus animales serían también la *ocasión* de una acción de Dios sobre el alma; por manera que ni el cuerpo ni el alma tendrían causalidad efectiva.

Ahora bien: nunca el sentimiento de la acción es más intenso que en las relaciones entre el

alma y el cuerpo; y si aquí el sentimiento de la acción es ilusorio, parece natural concluir, que toda acción de los seres creados no es más que aparente, y la causalidad efectiva corresponde exclusivamente al Creador.

¿Qué sería en realidad la acción de un agente creado sobre un paciente, de un motor sobre un móvil? Si se atribuye al motor y al móvil una substancialidad propia á cada uno, ¿cómo es posible que la primera substancia actúe sobre la segunda? ¿Imaginaremos una entidad, que de el agente desciende al paciente? Es evidente que no; porque ¿dónde residiría esta entidad, al pasar de uno á otro término? ¿Existiría ésta por su cuenta, en el estado de substancia; ó, por el contrario, en el estado de accidente, inherente á una substancia intermedia? En ambos casos, la dificultad queda en pie; porque sería entonces preciso explicar tanto la posibilidad de una acción real de esta substancia *intermediaria* sobre el paciente, como la realidad de la acción del *primer* agente sobre un paciente substancialmente distinto de él.

Sólo hay una solución para este problema obscuro y difícil, dice Malebranche; y consiste en considerar los seres creados como *presentes* unos á otros, pero sin admitir en ellos una reciprocidad real de acción; su actividad aparente es la obra de sólo Dios, con *ocasión* de la presencia mutua de aquéllos.

Mejor aún, dirá Spinoza, suprimamos la distinción substancial de los seres; sostengamos